

De la universidad pública, el compromiso social y los entrelazados vitales

Ilse Díaz Márquez

Resumen

Se presenta la reproducción del discurso pronunciado durante la ceremonia de entrega de títulos a las y los egresados del Centro de las Artes y la Cultura y del Centro de Ciencias Básicas de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, ceremonia a la que fui invitada como oradora y que se llevó a cabo el sábado 7 de junio de 2025 en el Salón Universitario de Usos Múltiples del campus central. Se abordan algunas reflexiones clave sobre el legado de la universidad pública en la formación de profesionistas y de sus implicaciones éticas y políticas. Además, se invita a tejer redes solidarias para el ejercicio profesional en comunidad.

Palabras clave: universidad pública, egresados.

Buenas tardes a todas y a todos. Saludo a nuestra rectora, la doctora Sandra Yesenia Pinzón Castro, así como a las autoridades que forman parte del presídium. Saludo también a todos los egresados y a todas las egresadas que reciben hoy sus títulos, así como a quienes les acompañan hoy en esta ceremonia.

Agradezco sinceramente la invitación que me hizo la doctora Blanca Elena Sanz Martín, decana del Centro de las Artes y la Cultura, a dirigirles unas palabras en esta ocasión tan relevante, en la que, pienso, vale la pena recordar que los momentos liminales son parte constitutiva

de nuestra existencia desde los tiempos más remotos de la humanidad. Las comunidades marcan con rituales el paso de sus miembros de una condición a otra. El ritual abre un espacio intermedio donde el ser todavía no ha abandonado por completo el sitio que ocupaba antes de terminar un período de aprendizaje o de alcanzar un grado de madurez, pero ya comienza a experimentar un nuevo estatus, en el cual es capaz de cuidar de sí mismo, así como de contribuir al sostenimiento y al cuidado de la vida en la comunidad.

Siguiendo tal idea, me parece adecuado concebir este mediodía de sábado desde un punto de vista liminal.



Al celebrar el cierre de esta etapa de su formación, ustedes se encuentran abriendo a su vez un momento crucial de su transitar por el mundo: el de la vida profesional. No han dejado todavía de ser universitarios y al mismo tiempo no lo son más. Quisiera aprovechar este espacio intermedio que se nos presenta hoy, no para darles algún consejo ni para señalar cómo pienso yo que deben desempeñarse en adelante (pues al final quién soy yo para decirlo). Me gustaría más bien expresarles de forma honesta y localizada, como una mujer que se ha formado plenamente en la universidad pública y cuya trayectoria ha estado estrechamente ligada, a su vez, a la educación superior y a la formación de nuevas generaciones, mi deseo de que no se olviden nunca de las implicaciones éticas y políticas que tiene el haberse formado en una institución como la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Las universidades, que nacieron en la Edad Media, en palabras de Alfonso X el Sabio, como “ayuntamiento de maestros et de escolares que es hecho en algunt logar con voluntad et con entendimiento de aprender los saberes” [“ayuntamiento de maestros y escolares, que es hecho en algún lugar con voluntad y con entendimiento de aprender los saberes”] (Alfonso el Sabio, 1807, p. 340), se secularizaron y democratizaron en América Latina a partir del siglo XIX, con el afán de dar cabida a gente de los más diversos estratos sociales y con la pretensión de proporcionar no solamente instrucción técnica o científica, sino también de desarrollar pensamiento crítico y de contribuir a la difusión de la cultura en la sociedad que las sostiene. En este sentido, como herederos de tales procesos, quienes egresamos de una universidad pública tenemos un fuerte compromiso de retribución y, con ello, debemos o deberíamos tener una vocación de servicio.

En una época en la que, por un lado, se nos invita constantemente a entregarnos al individualismo desmedido, a no buscar más que la ganancia personal, y por el otro, se nos pone de frente lo precario de la realidad y se nos obliga a volcarnos hacia la incertidumbre o hacia la desesperanza, me atrevo a decir que hace falta colocarse valientemente del lado de las aspiraciones colectivas de dignidad, de defensa de los derechos humanos y, por sobre todo, del desarrollo de una visión problematizadora de las circunstancias.

Como personas que, con un título en mano, dejamos de ser universitarios –aunque paradójicamente nunca dejemos de serlo, pues de cierta manera la liminalidad nos acompaña siempre–, no podemos colocarnos en una posición elitista y alejada de quienes nos rodean, no podemos hacer del conocimiento el privilegio de unos pocos. Para-

fraseando al poeta Gabriel Celaya, el conocimiento que adquirimos en la universidad no debería ser para nosotros un bello producto ni tampoco un fruto perfecto; será mejor concebirlo como una herramienta de transformación de la realidad, o como lo señala la escritora feminista afroamericana Bell Hooks:

La educación tiene que consistir en algo más que en la acumulación de información o en la adquisición de calificaciones para el mundo laboral: la educación está relacionada con el cuidado y la plenitud. Con el empoderamiento, la liberación, la transcendencia, la renovación de la vitalidad de la vida. Es encontrar y reivindicar quiénes somos y cuál es nuestro lugar en el mundo (Hooks, 2022, p. 181).

Espero pues, muy sinceramente, que en su camino vital, en el de cada uno y cada una de ustedes, se les aparezca de cuando en cuando esta certeza: la de que sus estudios tienen una resonancia que rebasa los límites de los intereses particulares, la certidumbre de que no están aislados, sino que forman parte de una comunidad donde es posible, a partir del arte y de las ciencias, tejer redes solidarias, redes de nuevas significaciones y memorias, otras formas de cohabitar lo local y lo global.

En estos tejidos que están por anudar, las artes y las letras no son mero lujo, sino una apuesta por leer la realidad a través de lenguajes llenos de matices, mientras que las ciencias nos descubren las profundidades de una vida que resiste a la violencia, al despojo y a los genocidios. En este tejido, sus disciplinas tampoco permanecen aisladas: se buscan entre ellas, se enlazan y entonces es posible que los saberes vuelvan a trabajar, como antaño, de manera conjunta, aprendiendo unos de los otros, asumiendo sin reparos que somos tierra y también pensamiento.

Enhorabuena a todas y a todos. Que en el ejercicio cotidiano de sus profesiones lleguen a sentirse plenas y plenos, y que la curiosidad, el sentido social y la pasión nunca les abandonen. Muchas felicidades.

Fuentes de consulta

Alfonso el Sabio (1807). Segunda Partida. Título XXXI “De los estudios en que se aprenden lo saberes, et de los maestros et de los escolares”, en Las Siete Partidas. Tomo II. Real Academia de la Historia. <https://shre.ink/xJtq>.

Hooks, B. (2022). *Enseñar pensamiento crítico*. Rayo Verde.